



En la Administración de este Diario y en la imprenta del mismo, San Francisco, 32.

Dirijase toda la correspondencia al Administrador de *La Opinión*, San Francisco, 32, imprenta.

Teléfono número 11

LA OPINION

DIARIO POLÍTICO

Santa Cruz de Tenerife, Miércoles 20 de Septiembre de 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

[PAGO ADELANTADO]

En esta Capital, resto de la Provincia y Península española, un mes. 1.50 Ptas.

En Ultramar y Extranjero, un semestre. 12

Número suelto, 10 céntimos

Número atrasado, 15.

Anuncios, comunicados y remitidos a precios convencionales.

Silvela mendigando

El Sr. Silvela, esperanza patria muerta en flor, prestigio agotado en una noche, autoridad política no consolidada siquiera al día siguiente de repartir con mano pródiga los destinos de la Nación, los empleos del país, los cargos encumbrados de la patria á sus amigos y correligionarios, anda hoy por esas provincias de España, mendigando de puerta en puerta algún hombre público para apuntalar su gabinete desquiciado y maltrécho.

Desprestigiados como huéspedes del palacio de la presidencia varios compañeros suyos, para quienes nunca supo imponerse como jefe, viaja por las orillas del Cantábrico buscando personalidades que sostengan su gobierno descompuesto.

Triste humillación la de este hombre *sin velas* en el mar de la política! Aún no ha corrido un año que se sentó en la silla presidencial á diestra y siniestra de hombres que supuso colosos en sus respectivos ministerios, y ya pretende descartar algunos de su lado. ¡Qué cantidad negativa resulta para un gobierno!

El pueblo español no ha visto en ese habinete político de Madrid desde el pasado mes de Febrero más que una prolongada danza macabra en que todos los ministros hablan con desentonada voz y ninguno se entiende.

Por eso, ese mismo pueblo cansado ya de sufrir tantas decepciones y que-

brantos, ha alzado la voz para decirles: puesto que no servís, marchaos de una vez.

En esto debería meditar el Sr. Silvela, y, antes que traer remiendos á su gabinete, ser consecuente, imitar aquel arranque de hidalguía que el hijo de Víctor Manuel, Amadeo I, hiciera un día en la Corte de España, ante la indiferencia para con él reflejada en el pueblo español: ¡dimitir! ¡marcharse!

AL «DIARIO»

El silencio de la cobardía

—De España.—

Ante la protesta unánime de nuestro pueblo; ante el grito de indignación contra el gran partido liberal, que se ha colocado lleno de júbilo junto á un asesino que subía las gradas de infamante patíbulo; ante la maldición que los hombres han lanzado contra una política que ampara los crímenes más horrendos y corona de gloria á los seres más degradados de nuestra raza, se ha guardado profundo silencio. El partido liberal ha comprendido toda la infamia de su obra cobarde, y cual si por sus venas corriera la sangre del viejo Caméjoto que mata á seres indefensos, ó cual si le alentara el espíritu del que asesina en medio de las tinieblas á un hombre dormido, pretende ocultarse tras de una estudiada indiferencia, y, perdido el habla, no rechaza nuestros duros ataques que han traducido el estado de nuestros ánimos donde ha gobernado la ira; se ha contentado con guardar todos sus odios buscando refugio en la madriguera con el alma llena de vergüenzas.

Al publicar nuestro primer artículo

de protesta, el *Diario de Las Palmas* recibió órdenes terminantes del Jefe del gran partido para suspender las correspondencias escritas en Arrecife en honor del asesino del inolvidable Fajardo y para guardar silencio absoluto ante la campaña que emprendimos solos, sin el auxilio de periódicos independientes, que traducen esa independencia rehusando todas las cuestiones espinosas y todos los asuntos que puedan disgustar á los amos del cortijo canario. Se ha cumplido fielmente la orden: el *Diario de Las Palmas* deja en pie todos nuestros escritos, nuestras acusaciones viriles, nuestras francas censuras, temiendo quizás el estigma de la execración pública; el *Diario de Las Palmas* calla medrosamente, devorando en la obscuridad las humillaciones sufridas y temiendo sin duda la investigación de sus actos indisculpables.

Sin embargo Díaz Monfort no quedará sin defensa y sin apoteosis. Dentro de pocos días aparecerá un folleto conteniendo las correspondencias de los amigos del asesino, escritos que han dejado de publicarse en las columnas del *Diario* al empezar nuestra campaña de protesta. ¡Qué honor para el partido liberal! ¡Que sentido de moralidad la de esos hombres!

Si hasta hoy hemos puesto nuestra pluma al servicio de seres sin ventura, injuriados por los amigos de Díaz Monfort, mañana seguiremos esgrimiéndola en defensa de la honra y de la moralidad de nuestro pueblo. Llegada la hora, que se nos perdone los desafueros de nuestra razón, espoleada febrilmente por la indignación que llena nuestros corazones.

La producción española en el Uruguay

El cónsul de España en Montevideo, don José Calatayud, con fecha 3 de Julio

ha dirigido una Circular á los 20 vicecónsules existentes en la República invitándoles, después de atinadísimas consideraciones, «á levantar lo más pronto posible el censo de los comerciantes españoles residentes en su demarcación consular, y seguidamente procurar la formación en la capital del departamento, ó en el punto de su residencia, de una liga de comerciantes que obligue á todos los asociados á consumir artículos españoles».

De esta iniciativa, tomada por quien reúne á la autoridad que su cargo le presta una reconocida competencia en asuntos comerciales y gran conocimiento de aquel país por los muchos años que en él reside, es de esperar prácticos y beneficiosos resultados para nuestra industria y producción si, como no cabe dudar, se ve secundada con entusiasmo por nuestros compatriotas del Uruguay, que tantas pruebas tienen dadas de acendrado españolismo.

Instrucciones sanitarias contra la peste

(Continuación)

PROFILAXIS

La peste bubónica, que en forma epidémica ha sido una de las mayores plagas que han azotado á la humanidad, tiene su origen en Asia. De sus focos primitivos se ha irradiado, creando, cuando encontró terreno abonado para ello, focos secundarios, de los que á su vez han salido mortíferas epidemias.

La peste, que tiene alguna semejanza con el tífus, ha sido hasta aquí la más temible de las epidemias. Cuando llega á su máximun de intensidad mata un noventa y cinco por ciento de los

—No dudéis del resultado de esta prueba, pues conozco á muchos del gran mundo que se os quisiera parecer.

—Luego positivamente creéis que puedo confiar...

—Podréis tener absoluta confianza. Respondo del resultado.

—Quiero creerlos.

—Y hacéis perfectamente. Os recomiendo solamente que os vistáis lo mejor que podáis.

—Tengo pocos trajes, á la verdad.

—Frac y pantalón negro, chaleco blanco, guantes paja. Ya sabéis que la cita es en *Los Hermanos Provenzales* á las diez en punto. Preguntad por mí cuando lleguéis; si no estoy allí, esperad algunos minutos, que no tardaré. Si he llegado, haced que me pasen vuestra tarjeta, bajaré á buscaros y os presentaré yo mismo. Hasta la noche, amigo mío.

Maugirón salió de la casa, subió á su coche y desapareció rápidamente.

Andrés se quedó solo y mandó llamar al capataz jefe. Pedro llegó con la cabeza baja, no atreviéndose á mirar al cajero.

—En verdad—exclamó este último—que me ha costado mucho trabajo hace un instante dar crédito á la relación que se ha hecho de vuestra conducta. ¿Es posible que después de nuestra conferencia de esta mañana, vos, á quien yo juzgaba afecto á mi persona, os hayáis entregado sin motivo, sin razón, á semejantes excesos con un hombre á quien considero como un protector y un amigo?

—Confundidme, señor Andrés, hacéis bien, porque no tengo disculpa, ó por lo menos, capaz de convenceros ni á vos ni á nadie. ¿Qué queréis? Cuando veo á ese hombre, se me figura que es portador de la desgracia de todas

Los cazadores en el día no están en moda, y ya no se ven flotar sus plumas de gallo por encima de los carruajes, de los landós y berlinas que forman fila en la avenida de la Emperatriz y en la orilla izquierda del lago, en el Bosque de Boulogne, pero en 1854 quedaban aún muestras de esos tipos.

—¡Ah! sois vos, Lorrain—dijo Maugirón.—¿Qué ocurre para que me busquéis?

—Mi amo me ha entregado esta carta para vos—contestó el cazador,—y habiéndome advertido el señor vizconde que era muy urgente y que era preciso que fuese entregada en propia mano, he venido con las señas que vuestro ayuda de cámara me ha dado.

—¿Y esa carta?

—Aquí la tenéis.

—¿Tiene contestación?

—Lo ignoro. El señor verá cuando la haya leído.

El sobre era cuadrado y grande, cerrado con lacre encarnado y sello con armas.

Maugirón rompió el sello, abrió el sobre y sacó de él un pliego de papel grueso, como si fuera de pergamino.

—No hay repuesta por escrito—dijo después de repasar con la vista algunos renglones de la carta;—decid al señor vizconde que su idea me parece excelente, que la aplaudo y que puede contar conmigo para todo.

—¿Nada más, señor?

—Nada más.

El cazador saludó y se fué.

Maugirón se volvió á Andrés.

—Mi querido amigo—le dijo,—¿queréis creer que en esta carta se trata de vos?

—¡De mí!—exclamó el cajero estupefacto.

—Esta carta es de uno de mis mejores amigos, del viz-

que ataca, y ha hecho desaparecer pueblos enteros.

Es transmisible del hombre á los animales y de los animales al hombre. El principio generador de la peste puede perder su virulencia en determinadas circunstancias; pero la recobra cuando éstas desaparecen.

El agente que provoca la enfermedad de un sér vivo, un microbio descubierto en 1894 por Kitasato, y poco después por Yersin, y este hecho está demostrado por lo siguiente: se encuentra siempre en los atacados de peste, se le puede cultivar en los laboratorios; sus cultivos puros, inoculados á los animales susceptibles de adquirir esta enfermedad, se le hace contraer, y á su vez estos animales la transmiten á sus congéneres.

El microbio de la peste—un bacilo—perece por la desecación completa; la cal viva en una disolución al 1 por 100 y al calor á 60°, impiden el desarrollo de sus cultivos, haciéndoles perder su vitalidad.

Sometidos al vapor de agua á 100° perecen á los pocos momentos. El ácido fénico al medio por ciento tiene escasa acción microbicida; en cambio los rayos directos del sol le matan á las tres horas.

La enfermedad se caracteriza por malestar, dolor de cabeza, escalofríos, vómitos, diarrea y fiebre muy alta, y como signo característico por la presencia de unos tumores en la ingle, en la axila ó en el cuello, desde el tamaño de un garbanzo al de un huevo de gallina; estos tumores, que pueden observarse también en otras regiones del cuerpo, supuran y se gangrena frecuentemente. Existen otras formas, desde la tarvada, que engañan en los primeros momentos á los más prácticos, á la pneumónica, que en realidad no es otra cosa que una pulmonía infecciosa gravísima.

Se transmite la peste por inoculación como cuando se hace, un modo experimental, introduciendo debajo de la piel cultivos del microbio pestoso ó sustancias procedentes del hombre ó de los animales apesetados.

Se transmite por contacto cuando se tocan con las mucosas ó con la piel desprovistas de sus cubiertas, aunque lo sean por una erosión imperceptible, sustancias contaminadas.

Se transmite por ingestión cuando esas sustancias se mezclan con los alimentos y bebidas.

Y últimamente, se adquiere respirando á corta distancia el aire espirado por los enfermos, sobre todo de los

pulmoniacos, ó el de una atmósfera confinada en sitios de escasa ventilación, donde existan apesetados ó sus productos de secreción.

El agente morbooso reside principalmente:

En el pus de los tumores supurados; en los esputos, en las deposiciones y, en general, en casi todas las secreciones del hombre ó de los animales apesetados; en la sangre, donde se ha comprobado la existencia del microbio patógeno, aún después de la curación de los enfermos, en el suelo de las poblaciones que han sufrido los rigores de la plaga, hasta unos cinco centímetros de profundidad.

Tanto ó mas que el hombre padecen esta enfermedad muchos animales, que á su vez se convierten en agentes activos de propagación de la epidemia. En primer término, ciertos roedores como la rata, el ratón y el conejo; siguen después el cerdo, las serpientes, el perro y el gato; pueden padecerla los búefes, carneros y cabras, y, aunque es algo refractario, el caballo, del que se obtiene el suero preventivo y curativo de la afección; pero la rata es entre todos los animales el más propenso; muchas veces han precedido epizootias de este animal á las epidemias en algunas poblaciones. La rata puede comunicar la peste á la pulga, y este insecto al hombre probablemente. Aunque se ha observado en las moscas el microbio patógeno, no está comprobado que sean agentes directos de transmisión, habiendo serios motivos para dudarlo.

El microbio de la peste es menos resistente que el del cólera á los agentes que pueden combatir á los dos: el sol, la luz y la desecación le destruyen; no es extraño, por lo tanto, que la peste haga pocos ó ningún extrago en lugares bien higienizados, y que en esta última epidemia, habiéndose ensañado tan cruelmente en los barrios pobres de Bombay, haya respetado los de los europeos.

Este microbio vive poco en el agua limpia; á duras penas se le ha podido conservar quince días en agua á la temperatura ordinaria de la habitación donde se hacía el experimento; pero si cae en lugares húmedos y sucios, se multiplica con la rapidez propia de semejantes organismos, cuando encuentran elementos de vida.

Un solo enfermo abandonado puede infestar todo un pueblo, si no se le aísla para destruir en el acto sus productos morbosos; está, pues, en la mano del hombre librarse de tan terrible plaga.

Para que se desarrolle la peste en un país, fuera de sus focos primitivos, es preciso que sea importada por el hombre apesetado ó por efectos contaminados por él. No existe un sólo caso, hasta ahora, que pruebe lo contrario. Por la atmósfera á distancias regulares, ó por insectos en los que se ha observado la existencia del microbio pestoso, está muy lejos de haberse demostrado su transmisibilidad. Como el asunto es de excepcional importancia, merece afirmarse con ejemplos.

Durante la epidemia de Londres, en 1665, unas diez mil personas que se refugiaron á bordo de los barcos anclados en el Támesis, se vieron libres del azote. En 1836 varios edificios públicos y privados se aislaron en Turquía; entre ellos la Legación de Francia en Constantinopla, y mientras ocurrían infinito número de defunciones entre los guardianes, no hubo una sola invasión entre los que se encerraron en ellos. En la actual epidemia los chinos se refugiaron en barcos y pontones amarrados en los ríos y á la proximidad de los barrios infestados; solamente en Cauton adoptaron este sistema 80.000 personas, sin que entre tanta gente se observara ningún caso de peste.

(Continuará)

Servicio telegráfico

(DE NUESTRA AGENCIA)

Madrid 19—10 n.

Ha llegado á esta Corte el ministro de la Guerra, Sr. Polavieja.

El jueves firmará S. M. la Reina Regente el decreto sobre la inamovilidad de los funcionarios públicos.

Concédesele gran importancia al consejo de ministros que tendrá lugar mañana. En él se tratará de las cuestiones económicas.

Madrid 19—10'15 n.

En Inglaterra se hacen con actividad grandes aprestos militares.

Las fuerzas de tierra y mar se apertrechan, por considerarse inminente la Guerra con la república del Transvaal.

Los transvaalenses también han emplazado ya alguna artillería en varias posiciones estratégicas de su frontera.

Espérase que de un momento á otro empezará la lucha.

Madrid 19—10'30 n.

Dicen de París que en el último consejo de ministros que tuvo lugar en aquella capital se acordó, en principio, el indulto para el Capitán Dreyfus.

Con este motivo vuelven á encenderse los enconos en la vecina República.

Reunidos varios personajes carlistas en Viena, entre ellos el Marqués de Cerralbo, acordaron desistir por ahora de algaradas en la Península.

Madrid 19—10'40 n.

Comunican de Francia que en el Senado se ha constituido el Alto Tribunal, para fallar el proceso de los comprometidos en el complot contra las instituciones republicanas.

Acordóse aplazar por algún tiempo dicho proceso.

Madrid 19—10'50 n.

BOLSA

Deuda perpétua 4 por 100 interior, á 64'00.

Id. id. exterior, á 70'15.

Id. amortizable á 71'90.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1886), á 72'30.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1890), á 60'40.

Oblig. del Tesoro 5 por 100 con garantía renta Aduanas, á 94'65.

Acciones del Banco de España á 417'00.

CAMBIOS

Londres, vista, á 31'12 por £.

París, vista, á 23'20 por 100 P.

Tomaseti.

conde de Montaigne, mi colega en el consejo de administración de la Sociedad de Colonización de las afueras.

—¡Ah!—murmuró Andrés, cuya respiración se paralizó por la fuerte emoción que acababa de experimentar.

—He hablado de vos al vizconde Montaigne—repuso Maugiron—en los términos que podéis suponer... Le he dicho y repetido, que le pido como favor personal que interponga toda su influencia en el consejo para que se os conceda el destino que tanto deséo veros ocupar. Y á eso contesta el vizconde...

—¿Y qué dice?

—Leed—dijo Maugiron alargando la carta abierta al cajero.

X

Andrés tomó la carta y leyó con avidez las siguientes líneas:

«Me has hablado, amigo mío, tantas veces y con tanto calor é interés de tu joven protegido, el señor de Villers, que he concluido por interesarme por él tanto como tú mismo.

«La plaza de secretario general de nuestra Compañía pondrá necesariamente al que la ocupe en contacto directo con los personajes más distinguidos; es, pues, indispensable que sea un hombre de sociedad y capacidad para desempeñar dignamente un puesto de tanta consideración.

«El señor de Villers reúne todas estas condiciones, según me has dicho, y así lo creo, pues eres voto en la materia; pero importa que nuestros colegas participen de la misma convicción, y he aquí lo que he pensado para

llegar rápidamente al logro de nuestro deseo y á un feliz resultado.

«Los señores de Ribeaucourt y de Grandral ejercen una influencia omnimoda en el consejo de administración, y acabo en este momento de invitarlos á cenar esta noche en *Los Hermanos Provenzales* y han aceptado.

«Ven á reunirte á nosotros, y que te acompañe el señor de Villers; le presentarás á esos señores, y podrán desde luego formar su juicio: si éste es favorable, como es de esperar, podremos cantar victoria.

«Hasta la noche, pues, amigo mío. Tuyo siempre,

«VIZCONDE GONTRAN DE MONTAIGLE.

«P. D.—La cita es en el saloncito número 6, á las diez en punto. Te recomiendo la mayor puntualidad.»

—Y bien, amigo mío, ¿qué opináis de todo esto?—preguntó Maugiron al cajero cuando éste terminó la lectura de la carta.

—¡Que son vuestras bondades para mí de aquellas que una vida entera de gratitud no podrían pagar!

Maugiron se sonrió.

—Nada de exageración, amigo mío. Lo que hago es lo más sencillo del mundo. Conque seréis de los nuestros esta noche, ¿no es verdad?

—Desde luego no faltaré; me inquieta una cosa pero mucho, no lo puedo ocultar.

—¿Qué es?

—Habéis ofrecido á esos señores *un hombre de mundo*.

—¿Y bien?

—Que esos caballeros no verán en mí más que un modesto empleado, desprovisto de todas esas formas brillantes que vos les habéis hecho esperar.

